

# LOS AÑOS CUARENTA

UNA de estas noches me llamaron al teléfono para preguntarme si estaba viendo el programa. No hacía falta decir el programa de qué. Era una voz femenina y amiga, amiga desde nuestra coincidente juventud. Alertado por el aviso fui junto al aparato y no llegué a tiempo de oír el bésame mucho, pero sí la varonil invitación a una mujer para que si puede (ella) con Dios hablar, le pregunte si alguna vez (él) la ha dejado de adorar. Siguieron otras canciones, todas de igual época, escenografiadas -si se dice así- en un local de los que precisamente por entonces empezaron a llamarse salas de fiestas, con partes alícuotas de cabaret, café cantante y salón de baile.

Es claro que un realizador sagaz podía haber elegido entre muchos rasgos capaces de volvernos atrás en el calendario. Por ejemplo, las palmeras de escayola indispensables en aquella decoración, los cuellos duros y las chaquetas deportivas con muchos fuelles, incluso el dato fisonómico de los bigotillos totalitarios. Pero está demostrado que nada hay para sobresaltar los estanques de la memoria como esa música pasajera que sin embargo se apegó a un momento sensible de nuestra vida. Los enamorados quedaban ligados para siempre a una o dos melodías. Cada verano -cada pascua- traía su inevitable fondo musical, y ahora, cuando ya sus hijos tempranean a tener hijos, las parejas maduras y sedentarias no perdonan su participación si apunta la última noche que pasé contigo, o los obstinados compases de la cítara vienesa del tercer hombre. (¿Te acuerdas? Fíjate, es nuestra canción. «Nuestra» canción.) Hoy deben ser más difíciles estos enraizamientos porque ya no hay motivo musical que dure un año, y cualquier historia de luna o de playa o de besos se queda pronto en pulpa seca de limón exprimido sin misericordia por millones de resonadores.

Aún volví a escuchar elogios para los autores de esta rebusca musical y sentimental en la parcela de los cuarenta. Estaban, sobre todo, en boca de gente de una determinada edad, reagrupada por gustos bastante parecidos y hasta, apurando un poco, por similitudes somáticas. Aunque tampoco faltara alguna evocación crispada: Cuando en Sevilla había una casa, y en la casa una ventana, y en la ventana una niña..., un censo largo de españoles tosía, penaba o hacía colas.

De todos modos, que nadie intente evitarlo. Recordar es volver a vivir (quizás estoy copiando la letra de un bolero), y bien se le puede perdonar esta inclinación por

hacerlo dos veces al hombre que desde su naciencia empieza a resistirse al inexorable mutis final. Por esto goza de perpetua salud la literatura que nos devuelve al tiempo perdido, incluso si aquel tiempo era peor. Y ahora, también el mundo claroscuro y retrospectivo que con sonidos e imágenes nos aborda en la intimidad casera.

Buenas son, las veladas que se nos proponen, para reconstruir el pasado en vistas aceleradas de la «semana trágica» y en cuplés de los alegres veinte o los difíciles cuarenta, y aun para soñar el futuro con películas de ciencia-ficción. Perdonemos, pues, si en medio queda alguna laguna del presente: esa noticia de aquí y de hoy que usted esperaba, lector amigo, contemplador hermano, con una esperanza que cancela el hasta mañana si Dios quiere. Será que todo no se puede tener.

**Antonio PEREIRA**